

dos todos los que fungían allí como oficiales. Después se fusiló á los sargentos y cabos; y al último á los soldados sin que escapara de morir uno solo de los que habían caído prisioneros. Referíase que los fusilamientos habían empezado á la una de la mañana, y que á las doce del día, todavía se oían algunas descargas. Era que se fusilaba también á los sospechosos cogidos en los alrededores. Con sangre ha quedado escrita esa página de nuestra Historia que se llama : la matanza de la Ciudadela, y en la cual sufrieron la pena capital más de doscientos hombres que eran inocentes; » (*Paz* t. 3. p. 119 y sig.) y según Cosmes, más de 300 hombres. (t. 22. p. 34).

« Esto decía un escritor contemporáneo (*Paz*) adversario de Juárez, pero de quien, al citar hechos que todo el mundo veía, no podía decirse que su juicio estuviese extraviado por la pasión, » (*Cos* t. 19. p. 259) mucho menos después de habernos advertido que « esas notas de su cartera habían sido reducidas, ahora que las pasiones se han enfriado, á veinte grados menos del calor que tienen en el original. » (*Paz*. t. 1. p. 6)

En la sesión del Congreso celebrada el 15 de noviembre de 1871, D. Manuel Zamacona denunció los asesinatos de la Ciudadela en términos enérgicos que fueron un como descargo de la conciencia pública, y una merecida anatema lanzada al gobierno feroz y sanguinario de Juárez. « La intenciona aislada é insensata de la Ciudadela, dijo el orador, pudo terminar con sólo el cerco de aquel punto por fuerzas diez veces superiores á las de los sublevados; pero se quiso producir una emoción de espanto en la ciudad; quiso el presidente darse un baño confortativo de sangre, y las primeras víctimas inútilmente sacrificadas fueron los soldados fieles al gobierno. En cuanto á los vencidos después de la ocupación de la Ciudadela, han pasado allí escenas como las que se ven en el Rastro diariamente, con sólo la diferencia de ser la matanza, no de reses, sino de seres humanos. Allí hubo, según la fama pública, fusilamientos en grupo, que no son nuevos por cierto en las prácticas de esta administración; escenas odiosas de esas en que se acorralla á cierto número de hombres vencidos y desarmados en un lugar sin salida, en que se les hace blanco de descargas á quema ropa; en que son envidiables los que sucumben primero, porque se evitan de la agonía congojosa de los que se esquivan por un rato las balas, y caen al fin entre angustias horribles, tropezando en los cadáveres y resbalando en la sangre de sus compañeros. Allí ha habido también ejecuciones aisladas y personales que se prolongaron casi por veinticuatro horas; allí se erigió una especie de tribunal de la Abadía, que con una simple seña hacía pasar á los prisioneros del calabozo á la eternidad; allí se despachó á los hombres con un procedimiento expeditivo disparándoles cualquier arma de fuego sobre la oreja, porque hemos llegado á un tiempo en que la vida del ciudadano no vale ya los cinco cartuchos que se gastaban en nuestras antiguas ejecuciones, y en que es necesario ahorrar el plomo y la pólvora, por lo que menudean los asesinatos oficiales; allí se ha fusilado á prisioneros heridos que no podían siquiera llegar por su propio pié al madero.

« De este número fué el desgraciado joven Echeagaray, cuya catástrofe ha llenado de horror á la ciudad de México. Refugiado en una fábrica, herido

de un brazo, de un hombro y de la cabeza, oculto en un depósito de lana, mal restañadas sus heridas por unas mujeres piadosas, fué denunciado por el administrador del establecimiento y arrastrado descalzo y medio desnudo, desde su hospitalario asilo hasta la Ciudadela. La ejecución en estas circunstancias pareció una atrocidad salvaje. El jefe encargado de hacerla, exigió la repetición de la orden, y no satisfecho con la que se le llevó de palabra, pidió que se le diese por escrito. Entretanto, el prisionero herido, desangrado y medio desnudo, esperó dos horas la muerte, tiritando con el frío de la mañana. La orden terminante llegó por fin, y la víctima, después de tan prolongada agonía, siguió al sepulcro á sus compañeros. » « De todas maneras, dijo *El Ferrocarril* (13 oct. 1871), nosotros opinamos que la hecatombe de la Ciudadela es la reivindicación de Márquez, el apoteosis de Rojas y la glorificación de Cain. »

« Hubo un tiempo en que se compadecía á Juárez, porque no se le creyó capaz de elevarse hasta verdugo. ¡Qué sorpresa! 'A Juárez se debe catorce años en que ha llovido sangre... Creíamos tener un Moctezuma : tenemos más : un Huitzilopochtli. Vosotros, sus admiradores, no le tributéis periódicos; llevadle cráneos; colgadle al cuello el del hijo de Hernández. » (I. Ramírez en *El Mensajero*. 22 julio 1871).

CAPÍTULO XIX.

Sublevación de la opinión pública contra Juárez. — Violación del sufragio popular. — Juárez amaga á sus competidores con la intervención norteamericana. — Pronunciamiento de Porfirio Díaz. — Amenazas de muerte contra Juárez. — Su muerte repentina y misteriosa.

Como era de esperarse después de tanta sangre vertida, « la popularidad de Juárez había pasado á convertirse en enemistad y repugnancia... El país se cansaba de verlo siempre de presidente, el cual comenzó á prostituir el derecho electoral, haciéndose elegir dos veces por la violencia y por la intriga... El partido de la oposición contra Juárez se había hecho ya formidable en todas las ciudades, acentuándose más en la Capital donde contaba con prominentes personas en la política y en las armas. » (*Paz* t. 3. c. 5. y 1) « En general, la opinión pública en la ciudad de México se había desatado contra él; » (*Cos*) y al acercarse el tiempo de las elecciones presidenciales, se combatió su candidatura en prosa y en versos, de todas las maneras posibles.

El actual Director de *La Patria*, Ireneo Paz, aquél que ahora « empleando un lenguaje verdaderamente inmundo, propio de un ebrio, se desata en atroces insultos contra los que cometen el horrendo delito de no pensar acerca de Juárez como hoy piensan ó fingien pensar muchos de los que en

tiempos no lejanos le negaron todo mérito y lo insultaron procazmente, » (Ti. 26 jul. 1891) excitaba entonces al pueblo á que lapidara á Juárez, en unos pedregosos versos en que ponía al tirano como á regalado trapo. Decían los versos :

De tus hijos la sangre más querida
La sangre más leal de tus hermanos
Ha vertido ese bando fratricida.
¿Qué otra cosa aguardas de los tiranos ?
Tu santa libertad y tus derechos
Ellos pisaron con audacia impía.
Registra, pueblo, cuales con sus hechos :
Maldad, avilantez, hipocresía.
Y después que te insultan, y te venden,
Y te empobrecen, y te causan daños,
Con el mayor cinismo aun pretenden
Tenerte esclavizado otros cuatro años.
Sí, lo pretenden; tienen sed de mando,
Y en su ambición olvidan el decoro.
Siempre de libertad están hablando.
Mentira : quieren oro, puro oro.
Dizque ese bando nuestro bien desea;
Y contra todos su rencor desata.
¿ Queréis hallar en él alguna idea ?
Buscadla en los guarismos y en la plata.
No esperes de ese bando algún abrigo,
Ni de su pan aguardes los mendrugos.
Pueblo, entiéndelo bien : es tu enemigo
Ese enjambre compuesto de verdugos.
Pueblo, si acaso con intriga y dolo
El poder arrebatan los malvados,
¿ A tí te toca la venganza solo :
Dejarlos con tu brazo anonadados.
Si algún tirano vuelve á darte alarmas,
Pueblo, tu voluntad nunca avasalles :
Si para combatirles faltan armas,
Tírale con las piedras de las calles. (Fer. 10 feb. 1871)

El 25 de junio de 1871 era el día señalado para que en toda la república se verificara un simulacro de elecciones. ¿A fin de ganarles, « Juárez convirtió las urnas del pueblo en depósitos de inmundicias, dice Paz. De esta manera el pueblo comenzó á sentirse oprimido, y á comprender que no había establecidos más que nombres en la democracia mexicana, echándose ya de menos algunas complacencias que había solido tener el Imperio de Maximiliano... Juárez tenía el ánfora electoral en su gabinete, y allí con su secretario elaboraba las elecciones particulares y generales, y emitía los votos en favor de las personas de su familia en primer lugar, y después en las de aquéllos que más se habían distinguido como sus celosos partidarios.

« Ese día 25 de junio fué un día de San Quintín en toda la república... Por todas partes se redujo á prisión á cuantas personas eran consideradas de influencia en el partido porfirista, para que no pudieran emplearla en aquel momento oportuno; por todas partes las casillas electorales se vieron custo-

diadas por la fuerza armada para que no fueran molestados los agentes del poder en su encargo de simular una elección; por todas partes, en fin, se vió lo que después se ha seguido viendo con demasiada frecuencia, ésto es, que el pueblo era suplantado descaradamente por los empleados, por los militares y por todos los demás que recibían un premio en dinero sacado de las arcas públicas por cometer aquel negro delito de lesa democracia, de lesa libertad y hasta de lesa vergüenza. En la misma Capital el escándalo que se dió fué de gran tamaño, siendo oprimida la voluntad popular por la fuerza de las bayonetas que salieron á relucir en esta ocasión como en su día de gala... Recuerdo que en mi manzana fué designado para establecer la casilla en su domicilio el General Téllez Girón. El General nos dijo que por ser nosotros sus amigos, nos decía que tenía instrucciones del mismo Juárez para ganar la mesa á todo trance, aun haciendo uso de la fuerza, aun con facultades de mandar á la cárcel á cualquiera persona que le sirviese de estorbo, aun para hacer fuego sobre nosotros con pretexto de guardar el orden. 'Esto mismo se repitió en las demás casillas electorales por órdenes personales de Juárez.. En muchos puntos se hizo correr la sangre generosa de los mexicanos. Algunos quisieron resistir al poder, y esos fueron muertos ó encarcelados.. En los periódicos de 1871 pueden encontrarse los nombres de todas las víctimas y de todos los verdugos. Yo me conformo con citar esta elección como el argumento más terrible contra el espíritu democrático de Juárez que hoy se le atribuye..., como el golpe más rudo que se haya dado alguna vez á las instituciones de la república.. Las instituciones liberales murieron desde entonces. » (t. 3. cap. 5)

« No es cierto, pues, que Juárez fué inquebrantable en sus principios. Si era demócrata, no debió nunca hacer elecciones oficiales para reemplazar la voluntad de un pueblo que lo rechazaba; » (Ver. p. 855) si era patriota, tampoco debió hacer pesar en la balanza electoral la influencia moral de los Estados Unidos, dejando acreditarse el rumor de que éstos le prestarían en caso de necesidad el apoyo de sus fuerzas militares para ganar la elección á punta de bayoneta. Así lo publicó el *Two Republics*, órgano de la colonia norteamericana en México. « Los adversarios de Juárez, decía, se encuentran temerosos de una intervención activa y militar del Estado de Texas en caso de que aquél se vea apurado. » Después de aludir á las gestiones que, según se decía, hacía la legación norteamericana á favor de la elección de Juárez, agregaba *El Mensajero* (3 marzo 1871) que el *Two Republics* suponía á Juárez capaz de invitar á los Estados Unidos para una intervención militar en caso de que se viese apurado; y en este concepto natural era suponer que algún interés debían tener los Estados Unidos en la reelección de Juárez á quien la supuesta intervención debía venir á apoyar. Otro periódico norteamericano, *El Herald* de Nueva York (reproducido por *Fer.* 18 mayo 1872) decía sin embages que Juárez entregaría su patria á los Estados Unidos antes que permitir que gobernara el partido de la oposición.

Un escritor liberal, entusiasta admirador de Juárez, no niega lo anterior, sino que lo confirma en estas palabras : « Los periódicos juaristas, en vez de ensalzar los méritos de su candidato, no hacían más que enumerar los ele-

mentos considerables de que disponía el gobierno para sofocar cualquiera sublevación. Entre estos elementos hacían figurar el apoyo moral del gobierno anglo-americano, que siempre había reconocido á Juárez como presidente legítimo, y que seguiría reconociéndolo, aun en el caso de que algún caudillo se apoderase por un corto espacio de la capital. » (*Cos.* t. 22. p. 11).

No obstante los encarcelamientos, violencias y amenazas de intervención extranjera de que se valió Juárez para falsear el voto de los electores, no llegó á conseguir la mayoría absoluta de votos, y tuvo el Congreso que hacer la elección por decreto nombrando á Juárez otra vez presidente de la república.

El sufragio universal, á pesar de las trabas que tuvo siempre en México para manifestarse, fué casi siempre adverso á Juárez cuya elección se debió al sufragio harto restringido de los pocos miembros de un Congreso avasallado. Así es como fué declarado presidente de la Suprema Corte de Justicia en decreto del Congreso de 21 de noviembre de 1857, y tomó posesión de la presidencia de la república en enero de 1858, sin que la hubiera renunciado Comonfort. Por decreto de 11 de junio de 1861 fué declarado otra vez presidente de la república. Por decreto de 8 de noviembre de 1865 dado por él mismo en Paso del Norte, prorrogó su presidencia hasta el 16 de diciembre de 1867; por decreto de esta fecha del Congreso, fué nombrado presidente de la República, y como tampoco tuvo en 1871 la mayoría absoluta de votos, el Congreso tuvo que hacer otra vez la elección, decidiéndose por Juárez.

Pero esta decisión no debía ser acatada por el partido opositor. El primero de octubre de 1871, una parte del batallón del Distrito, acaudillada por los jefes Toledo, Chavarría, Negrete, Mayer y otros porfiristas, se apoderó de la Ciudadela de México, teniendo después esa asonada el terrible desenlace que ya conocemos. « Deseoso de medir sus armas con el tirano, » (*Paz.* t. 3. p. 10) D. Porfirio Díaz dijo (*Fer.* 27 dic. 1871) que « apelaba al supremo derecho de insurrección para salvar los principios más esenciales de nuestras instituciones; » y el 21 de noviembre, ese nuevo salvador « en un plan que destrozaba los principios de la Constitución, se pronunció en La Noria, hacienda cerca de Oaxaca, desconociendo los poderes federales, » (*Pri.*) « atacando la Constitución y proponiendo una junta de notables que constituyera al país quedando, á la usanza de los pasados motines militares, el jefe de las armas como supremo de la nación. » (*Riv.*)

« Los sectarios de la reelección indefinida, decía el caudillo de la revolución, han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horrorosos, hasta el grado de hacer proverbial la funesta frase de ley fuga. » Si hemos de dar crédito á un admirador de Porfirio Díaz, muy otro era el fin que se proponían los partidarios del plan de La Noria. « Nunca como en esta época predominó más la cuestión de intereses como causa de la división del partido liberal, y jamás figuraron menos las razones fundadas en principios. Aunque los adversarios del gobierno invocaban en justificación de su actitud opositora el culto profesado por ellos á la Constitución, y las frecuentes violaciones que de los preceptos de ese código cometía el Gabinete, la verdad era que el motivo real de esa actitud era el verse alejados de la mesa del presupuesto. Todo

era, pues, cuestión de intereses, y sólo éstos dominaban como factor en la lucha política. » (*Cos.* t. 21. p. 36).

El General Díaz, que mandó publicar en tres idiomas un folleto para desvirtuar los conceptos desfavorables que acerca de Juárez vertió César Cantú, no ha publicado en ningún idioma que sepamos opúsculo alguno en que impugnara los tremendos cargos que él mismo hizo á Juárez en esa proclama no para olvidada que expidió en Huajapam el 19 de noviembre de 1871. Este curioso documento dice á la letra : « Compañeros de armas : un gobierno desleal, despótico y parricida, y á quien nada debió la patria en el triunfo de su santa causa, ha llegado maquiavélicamente á depositar en vuestros nobles corazones el germen de la división, para hacer del grande, del generoso partido liberal el ludibrio de las naciones que nos observan, únicamente para perpetuarse en el poder del que le rechaza la ley y la voz universal de la nación... ¿Por qué os váis á batir contra los míos? Os dicen que somos traidores. ¿Invocamos acaso la monarquía? ¿Llamamos á algún príncipe extranjero á que gobierne el país de Moctezuma? ¿Pedimos siquiera el humillante protectorado de los Estados Unidos como Juárez y su camarilla de envilecidos cubanos y parasitos cobardes? Ah! jamás! Nosotros traemos como vosotros hace cinco años, el estandarte tricolor en una mano y en la otra nuestra Constitución de 57. Con el primero queremos afirmar nuestra nacionalidad sustrayéndola de influencias bastardas de cualquier país extranjero. ¿Lo oís? De cualquiera absolutamente; queremos ser mexicanos libres, no pupilos. Con la segunda queremos consolidar nuestro modo de ser, franco, libre, progresista pero de hecho, y no por medio de fútiles promesas que se han convertido en positivas dictaduras militares... ¿Por qué váis á derramar vuestra sangre y la de vuestros hermanos? ¿Por perpetuar en el poder á Juárez, á Juárez que se ha soñado príncipe, á Juárez que nos brinda cobarde con su estúpido despotismo, ó con el látigo yanquee que vendrá á azotar á nuestro pueblo como lo hizo en 47, merced á la división que entonces como ahora era el estado normal de nuestro infeliz suelo? ¿Y aceptáis esa ofrenda, vosotros, hijos de Hidalgo y de Iturbide? ¿Nosotros convertidos en esbirros del tirano Juárez, los hermanos de Zaragoza y Salazar! ¡Camaradas, no hay más que dos caminos : ó el de la infamia sosteniendo á Juárez, ó el de la gloria estrechándonos como antes para salvar á la patria : en tal dilema nosotros preferimos sucumbir con gloria á vivir cubiertos de ignominia! »

‘A pesar de la actividad desplegada por el General Díaz, de su alianza con el bandido Lozada, el tigre de Alica, y del apoyo que le prestaron varios Estados, « aquella revolución que parecía iba á triunfar fué derrotada, más que por la fuerza de las armas, por la opinión pública que se manifestó, dice Gustavo Baz, indiferente hacia el impolítico y descabellado programa del caudillo de la revolución. »

Mientras los Generales Rocha y Alatorre andaban en persecución de los restos destrozados de las gavillas de Porfirio Díaz, verificábase en la Capital un acontecimiento de la mayor transcendencia. « El día 17 de julio, dice *El Ferrocarril* (22 julio 1872), el señor Juárez comenzó á sentirse malo, no comió; y sin embargo, con esa fuerza de voluntad que le conocimos, siguió

despachando. El siguiente, acudió á su departamento á la hora que tenía de costumbre, y comenzó á trabajar, pero sufriendo un agudo dolor en la pierna derecha que se juzgó era una reuma. Contra su costumbre, se retiró temprano á su casa donde se acostó y estuvo recibiendo á varias personas hasta poco antes de las ocho de la noche. Después de esa hora, comenzó á sentir opresión en el pecho, el mal se desarrolló con suma rapidez, y á las once y media espiró » á espaldas de la Iglesia.

Acerca de esta muerte tan repentina existe la creencia firme, profunda, aunque no apoyada en pruebas fehacientes, de que fué causada por el veneno que le administraron sus enemigos del bando liberal y masónico. Lo que da á esta versión muchos visos de verdad, son las públicas y frecuentes amenazas de muerte que se le dirigieron en los últimos meses de su existencia, y el desacuerdo significativo en que están los liberales para explicar satisfactoriamente la clase de enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Después de leer la prensa de ese tiempo, puede uno asegurar que si los liberales no envenenaron á Juárez, ciertamente no fué por falta de voluntad, sino porque no se les brindó la ocasión. Basten para ello algunas citas.

« Siendo Juárez hoy día la principal encarnación de la tiranía, decía *La Oposición*, (citado por *Men.* 7 febr., 1871), nada más natural que sea el blanco de los tiros del partido constitucionalista. Cuenta la fábula que en Lerna existía un monstruo horrible que devastaba el país vecino. Este monstruo alado tenía cien cabezas de las cuales una era inmortal, y las otras si se cortaban las reemplazaba la hidra al instante, haciendo brotar nuevas de su cuello ensangrentado. Hércules logró matarla poniendo fuego al cuello de la hidra en seguida que cortaba las cabezas entre las cuales tomó la inmortal y la enterró cubriéndola con una inmensa roca. La cabeza inmortal de la hidra de la tiranía que devasta nuestro país es Juárez. El pueblo debe como Hércules cortar la cabeza inmortal y enterrarla bajo la roca de su soberanía sin olvidar pasar el fuego de su justicia por el cuello palpitante de la hidra. »

El 8 de junio de 1871, *El Ferrocarril* hacía una alusión nada embozada á la posibilidad de que fuera asesinado Juárez, diciendo : « Si de algo ha de aprovecharles la Historia, fíjense en lo que pasa en el mundo. Francia está pagando la docilidad de su pueblo en haber soportado muchos años á Napoleón III; Lincoln fué víctima de la reelección y murió asesinado por un actor dramático. »

Cuatro meses después, el 6 de octubre de 1871, el mismo periódico no temió enseñarle la punta del puñal dirigiéndole estas nada embozadas amenazas de muerte : « Nunca creímos cuando execrábamos á Márquez, que había de convertirlo un gobierno llamado liberal en manso corderillo... Existe un lago de sangre y otro de lágrimas entre la sociedad y el gobierno... La misión de Lebón tuvo su término; y el fin desastroso de este asesino y de tantos otros de su talla comprueba la verdad de estas palabras : El que á hierro mata á hierro morirá. »

En aquel entonces aseguraba *La Reconstrucción* que siendo necesario sacar á balazos de la presidencia á Juárez, se debía acudir á este medio y sin tardar. » (*Men.* 22 junio 1871).

El Cíclope pedía la muerte para Juárez como uno de los medios que había para librarse de su tiranía : « No hay más que dos caminos que tomar, decía : tratar de destruir al tirano, corriendo uno el riesgo de ser vencido, ó sufrir una esclavitud vergonzosa, á menos que la muerte nos libre del malvado. » (*Men.* 30 julio 1871).

El Occidental abogaba sin rodeos por el asesinato en estas líneas : « Julio César era más grande que Juárez, y todos bendicen á Bruto porque lo mató. » (*Fer.* 6 oct., 1871).

Esa doctrina anarquista, que nos recuerda « el supremo derecho de insurrección » invocado por el General Díaz, la vemos predicada otra vez en *El Cíclope*, y reproducida con fruición por *El Mensajero* del 15 de julio de 1871, dirigiéndose en ella á D. Benito Juárez las siguientes amenazas : « Pensad que á César lo asesinaron... En caso de que la lucha os fuese favorable, reinaríais sobre media república, porque la otra mitad se la habríais vendido al yankee para sosteneros, y la parte que os quedaría sería una vasta extensión cubierta de escombros humeantes y de cadáveres en cuyos labios crispados por la muerte, leeríais siempre un reproche contra su verdugo, contra vos. En el caso de que fueseis vencido, iríais al extranjero á representar el papel de víctima ilustre, gozando de la modesta fortuna que habéis adquirido. Y el país arruinado se vería también entre las garras del yankee. Hé allí el porvenir de nuestra patria, si no hay un Bruto, un Ravallac ó un Carl Sand, un fanático que odie á los tiranos... Cuando una nación no tiene más esperanza que en la muerte de un individuo, es un héroe el que levanta la mano armada del puñal; es un semidios el que salva á su patria, cualquiera que sea el medio de que se valga. »

Estas repetidas amenazas de asesinato parece que impresionaron á Juárez é hicieron que se rodeara de precauciones inusitadas, para prevenir un atentado, según lo anunciaba en estos términos *El Mensajero* del 13 de agosto de 1871 : « Nos refieren que el señor Juárez está viviendo en Chapultepec, y que para mayor seguridad de su persona tiene apostadas en el pequeño camino que recorre, tres escoltas de á cincuenta hombres cada una, fuera de otra mayor que sigue al galope su carruaje. Parece que ni Maximiliano tuvo tanto miedo á su popularidad. »

Además de las continuas amenazas que se dirigían á Juárez, no dejan de llamar la atención las contradicciones en que han caído los liberales al pretender explicar la causa de la muerte de Juárez. El señor Rivera la atribuye á « un violento mal que se dijo era del cerebro. » *El Ferrocarril* (20 julio 1872) pretende que los Doctores Lucio y Alvarado diagnosticaron el mal de Juárez en los mismos términos en que lo verificaron en octubre de 1870, cuando estuvo en peligro la existencia del presidente de la república. En aquel entonces, Juárez tuvo « un violento ataque cerebral; » (*Payno*) mientras que la enfermedad que lo arrebató, según el periódico de referencia (22 julio 1872), « fué una angina de pecho con todos sus síntomas. » Cuanto á Ireneo Paz, la muerte de Juárez resultó de un ataque repentino al que llaman los médicos el gran simpático. (t. 3. p. 319)

Para desvanecer en el público la sospecha de que el presidente no hubiera

fallecido de muerte natural, como se dijo entonces con mucha persistencia, el ministro de Relaciones Exteriores invitó al Doctor Alvarado á que certificase el fallecimiento de Juárez, lo que hizo este Doctor atestiguando á secas que Juárez había fallecido de muerte natural (*Fer* 20 julio 1872) sin entrar en más explicaciones, por lo cual muchos no aceptaron la versión oficial, y hacen todavía esta pregunta que el 4 de marzo de 1885 hizo *La Voz de México*: « ¿ Envenenarían á cierto presidente que muerto parecía de bronce? »

Si para el vulgo esta muerte fué imprevista y natural, en cambio, para los proceres de la bandería liberal impacientes de presenciar un cambio en el gobierno, fué prevista y aun predicha con un año de anticipación. Juárez finó el 18 de julio de 1872: doce meses antes, el 27 de Julio de 1871, Ignacio Ramírez se lo había anunciado desde las columnas de *El Mensajero*. Sea éso predicción, coincidencia ó como quiera que se lo llame, la cosa no deja de llamar la atención, y en todo caso manifiesta que se hablaba en voz alta de la probabilidad de que Juárez fuera asesinado. Por éso mismo, reproducimos á continuación esa página curiosa en la que el autor, bajo su conocido seudónimo de El Nigromante, finge el siguiente jocosó diálogo:

« *El Nigromante*. — Otro cigarrito: no tiene veneno. Recuerde ud que, amigos ó enemigos, siempre nos hemos hablado con franqueza. Sigo, pues, mi conversación. Mi dificultad pertenece á la medicina... No quisiera causar á ud una impresión penosa. Pero somos hombres...; tanta grandeza, tanto crimen! Y si ud se muere dentro de un año, ¿para quién?

« *D. Benito*. — Todos somos mortales.

« *El Nigromante*. — Pero ud es más mortal que la mayor parte de los hombres; está ud expuesto á que su inmortalidad comience dentro de un año.

« *D. Benito*. — ¡ Un año! ¿ qué diablos trae ud con ese año?

« *El Nigromante*. — Señor, ud está enfermo.

« *D. Benito*. — Señor, ya me alivié completamente.

« *El Nigromante*. — Déme ud certificados satisfactorios, y soy suyo.

« *D. Benito*. — Entiéndase ud con mis médicos.

« *El Nigromante*. — Adios.

« *D. Benito*. — Si se arregla ud con ellos, no me vuelva á hablar de ese maldito año, aunque me vea morir sin confesión. »

Para Sebastián Lerdo, lo mismo que para Ignacio Ramírez, la muerte de Juárez fué también prevista, según se desprende de la siguiente anécdota que refiere Cosmes: « Poco después de la muerte de Juárez, D. Sebastián Lerdo dijo al Doctor D. Hilarión Frías y Soto: Doctor, hágame ud el favor de ir á la casa del Licenciado D. Otón Pérez, y decirle de mi parte que tenga la bondad de enviarme la ley que determina el ceremonial que debe observarse en los funerales del presidente de la república. Cumplí inmediatamente con el encargo, dice el Doctor, y al dirigirme á la casa de D. Sebastián, iba reflexionando en que debía haber sido ya objeto de las conversaciones de ambos la probable muerte de Juárez, puesto que tenían estudiada ya la ley relativa á sus funerales. » (t. 22. p. 357)

Estos indicios vehementes unidos á los rumores públicos y repetidas amenazas que se dirigieron á Juárez, vienen á robustecer la creencia general de

que Juárez fué víctima de un asesinato masónico, del mismo modo que iba á serlo Iturbide, « cuya supresión aun por medio del puñal llegó á ser discutida en las logias. » (*Ev.* p. 165) Así murieron en Francia, Gambetta; en España, el General Prim; y en los Estados Unidos Guillermo Morgan y varios otros masones que habiendo sido encumbrados por la secta tenebrosa, quisieron en mala hora recobrar su libertad después de haberla abdicado en sus juramentos masónicos.

Por este motivo, en su controversia con el Secretario de Estado Stone acerca de la masonería, Juan Quincy Adams, presidente de los Estados Unidos, incluyó á esa sociedad secreta en el número de los nueve más grandes crímenes que se puedan cometer, citando el plagio y asesinato perpetrados en la persona de Guillermo Morgan de Batavia, acusado de haber violado sus juramentos masónicos. Con motivo de tan horrendo crimen, se separaron de las logias más de cincuenta mil masones norteamericanos, y la mayor parte de las Legislaturas de los Estados promulgaron leyes prohibitivas de las sociedades secretas cuyos miembros se obligan bajo juramento. (*The N. York Freeman's Journal*. 16 enero 1904)

En los últimos años de Juárez, los principales masones lo odiaban á muerte: ¿ qué cosa más natural para ellos que procurar que de cualquier modo desapareciera? « Fueron enemigos de Juárez: Generales Jesús González Ortega, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Florencio Villareal, Santos Degollado, Pedro Ogazón, Leandro Valle, Ramón Iglesias, Felipe Berriozabal, Epitacio Huerta, Nicolás Régules, Vicente Riva Palacio, Manuel Márquez de León, Donato Guerra, Patoni, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo y otros muchos que no menciono; pues, mi argumento sólo necesita de los jefes más renombrados del partido liberal, cuyos nombres acabo de dar.

« En la esfera civil, Juárez tuvo como enemigos políticos á los señores Manuel Doblado, Manuel María de Zamacona, Miguel Lerdo de Tejada, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Romero Rubio, Justino Fernández, Antonio Tagle, Protasio P. Tagle, Justo Benítez, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín Cardoso, Manuel Ruiz, Guillermo Prieto, Emilio Velasco, Eleuterio 'Avila, Joaquín Alcalde, Trinidad García, José Eligio Muñoz, Ezequiel Montes, León Guzmán, Ramón Guzmán, Ignacio L. Vallarta.

« Es forzoso admitir que el partido liberal era una masa de canallas con un solo hombre virtuoso, Juárez, víctima de la profunda maldad de las más brillantes eminencias liberales, ó que Juárez incurrió en responsabilidades muy graves ante el partido que lo había elevado; pues, la mayoría nacional, formada de católicos inertes los más, siempre detestaron á Juárez y jamás han creído en su grandeza moral y política como gobernante.

« La responsabilidad de Juárez ante su partido, fué decidirse á oprimirlo, diezmarlo por hecatombes, degradarlo por corrupción, y emprender su exterminio cuando este partido creyente, sincero en las instituciones democráticas, resistía á las reelecciones de Juárez, que sólo justificaba una desenfrenada ambición personal. Juárez no se preocupó de convencer á su partido de que la democracia era imposible, de que sólo una dictadura enérgica, honrada, inteligente y temporal podría salvar á la nación; dictadura basada en elemen-